



## La Posada del Río



Por **BERNARDO  
FDEZ.-PACHECO  
VILLEGAS**

La Posada del Río, ese recio edificio que muy posiblemente dátase del siglo XVII e incluso del XVI, ha desaparecido. El derribo se ha llevado a cabo dentro de la más absoluta legalidad; estoy plenamente convencido que se ajusta a todo lo dispuesto en las ordenanzas vigentes. Sin embargo

un cierto extrañamiento, casi siempre en forma de lamento, se filtra en los comentarios de más de un vecino.

Las preguntas no formuladas bien se podrían sintetizar en las siguientes: ¿Hasta qué punto resulta ético que la fuerza de la máquina, como símbolo de la destrucción, convierta en un amasijo de escombros las piedras y la tierra con tanto esfuerzo trabajadas y ordenadas en un conjunto secular que habla por sí solo de la historia de un pueblo? ¿Acaso las plumas —algunas de ellas titubeantes, me costa— que han firmado la legalidad de la demolición no han podido realizar un último intento, una última maniobra de salvamento? ¿Es que en todo Manzanares no hay ni una sola institución sensible y activa ante estas pérdidas? ¿Qué sentido del progreso se

encierra detrás de una sociedad que va perdiendo sin pestañear los edificios que hablan de cómo era la vida local en otros tiempos?

Las respuestas a estas preguntas conllevan un balance muy negativo. La destrucción-sustitución de lo viejo por lo nuevo es propia de sociedades sin desarrollar, de culturas estancadas en un marco de relaciones interpersonales e institucionales notablemente primitivo. En contraste, cabe destacar, como el conjunto de los valores oficiales —presentables, por tanto— de la España de fin de siglo no están anclados en un desarrollismo feroz. Desde la constitución hasta la última ordenanza comunitaria aparece una inspiración muy diferente, albergando principios muy distintos. Y éstos sitúan lo mercantil por debajo de lo histórico-cultural.

Justificar la desaparición de un edificio como La Posada supone negar, por parte de las personas u organismos correspondientes, un pretendido valor histórico-cultural.

Desde mi criterio ese valor es innegable y se explica por las siguientes razones:

—Antigüedad histórica: la vejez del edificio era incuestionable. Los expertos le atribuían más de cuatro siglos. Ello por sí sólo es motivo de respeto y valoración. En la legislación de algunos países comunitarios —caso del Reino Unido— resulta

prácticamente imposible demoler edificios con más de cien años de antigüedad.

—Ejemplo de arquitectura popular: La Posada estaba levantada con unos métodos y recursos completamente en desuso, empleando exclusivamente materiales extraídos del entorno. La piedra, la tierra, el carrizo, etc. dan lugar a construcciones perfectamente ecológicas que responden a la perfección a las necesidades climáticas y que en caso de abandono —como es el caso de numerosas casas de labor o quinterías— son “absorbidas” por el propio suelo volviendo a fundirse con él.

—Testigo de usos y costumbres pasadas: “Los hombres pasan, sus obras quedan”, como dice el aforismo. Y la historia de Manzanares está estrechamente ligada a las grandes vías de comunicación del país y a la infinita caterva de viajeros y a sus trajines. La ruta de Andalucía por Despeñaperros y el cruce de las veredas propiciaban la aparición de ventas y posadas que son la base del nacimiento y prosperidad de nuestro pueblo.

La distribución de los espacios, las dependencias y sus usos, las costumbres de los huéspedes, etc. son un libro de texto abierto, una reliquia del pasado excepcionalmente bien conservada.

La abigarrada mole de las construcciones manchegas también tienen su estética y las dos grandes posadas que he conocido la poseían. Es probable que esta dimensión no sea popular y que lo mismo suceda con el reconocimiento de las razones antes expresadas. De manera que la pérdida paulatina de viejos edificios, de menor o mayor valor, parece estar asegurada. La transformación de Manzanares ha sido y continua siendo radical y tras ello no debemos ver la mano del progreso.

Tampoco debe interpretarse mi razonamiento como un simple canto a la nostalgia: hay soluciones. Sé que hay soluciones, que no están por descubrir o inventar y que podrían imitarse.

Desde luego la solución adecuada nunca será aquella que suponga que deben ser las instituciones pu-